

Kant a la luz del pensar en escocés
Kant enlightened by Scottish Thought

RICARDO GUTIÉRREZ AGUILAR¹

Universidad Complutense de Madrid (UCM), España

Reseña de: Robinson, E., Surprenant, C. W. (eds.) *Kant and the Scottish Enlightenment*, New York&London: Routledge Publishing, 2017, 367 pp. ISBN: 978-1-138-20701-1.

Hablemos de lecturas y lectores. De todos es conocida la pasión por la lectura del filósofo de Königsberg. También que no era pasión sin método y que para él había autores y autores. En este afán, había elegidos y luego preferidos. No es menos sabido que la lista de autores por los que se sintió llamado y que se constata tuvieron una influencia decisiva son menos: entre sus múltiples confesiones al respecto, desde las más ocasionales a las más determinantes, ocupa siempre un papel destacado la necesaria referencia a Rousseau. Referencia ineludible ésta en lo particular quizás porque le hace eludir sin advertirlo sus viejas costumbres a la hora de estirar las piernas, acunado por la bella prosa del francés – material en todo caso para la leyenda este.

Kant lector de Rousseau en primer término. O en los mismos términos que lector de Hume (p. 165). Dato relevante: si la filosofía teórica no puede entenderse sin el escocés, la filosofía práctica germinaría de igual modo y manera desde estas posiciones. Obviamente de Rousseau no cosecha Kant únicamente el embelesamiento esteta de una lectura plácida de sillón, sino ideas fundamentales cuyo destino son sus propia páginas sobre filosofía política y moral. Pero desde Glasgow y Edimburgo le llegaron traducidos al alemán los

¹ Ricardo Gutiérrez Aguilar. Departamento de Lógica y Filosofía Teórica. Facultad de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid (UCM). ricargut@ucm.es

vientos para despertar del sueño digmático de sus ideas. Antes de Rousseau –antes y al mismo tiempo– reinaron en su Olimpo los escoceses –y un irlandés escotizado, Francis Hutcheson. Cabría decir incluso que esto tanto en sentido cuantitativo –temporal– como en sentido cualitativo –de importancias. Las referencias son más que abundantes. El trabajo colectivo de Routledge que nos ocupa se centra justamente en las tres figuras que decantaron su pensamiento, Hutcheson, Hume y Smith, y los centros de fuerza hacia los que lo dirigieron.

Para Kuehn –al cual está dedicado el presente volumen– lo determinante de la influencia de los pensadores escoceses en la línea generacional que va de Kant a Hegel no puede ser no sólo menospreciado, sino siquiera circunscrito al terreno de la Epistemología y de la Metafísica. Los escoceses habrían llegado los primeros al vergel de la Moral y lo Bello y colocado al menos un par de estacas con las que el agrimensor recién llegado pudiera orientarse sobre el terreno. Olvidémonos de Berkeley por el momento. Ése pulso ya lo libraron los pensadores germanos desde principios del XVIII (p. 11). Para el resto, claro que aquellas delimitaciones fueron esenciales. A juicio de Hegel, pasando factura a la filosofía previa en las páginas de sus *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, habría habido un declive del pensar filosófico hasta llegar a la Ilustración alemana. Este declive [*Verkommen*, una perversión de hecho] –que le sirve de corredor para explicar el advenimiento del cambio en la filosofía de Kant– no deja de ser aún y su pesar enormemente significativo, pues habría ofrecido la ocasión de proveer de un par de instrumentos hermenéuticos básicos con los que interpretar a una mejor luz los fundamentos de sistema y lo fundamental del sistema kantiano. Pero Hegel escribe aquí en vistas a justificar su propio hacer y motivo. El del sistema. La salvación del representacionismo escocés fue un problema previo y de calado, pero en apariencia dado por resuelto. Confrontados con los orondos pensadores metafísicos inmediatamente anteriores, los filósofos escoceses tienen sobre sí la sospecha de ser poco serios especulativamente hablando (pp. 108 y ss.), poco ambiciosos en sus vuelos, y se suelen decidir en sus escritos por la dictadura de la dieta más magra, que es la de un cierto ayuno metafísico. El *empirismo clásico* no obstante no combatía este ayuno pasando hambre, sino que lo superaba convirtiendo aquello que digería atendiendo a lo más nutricional: el *dato sensorial* y el *sentimiento*. La cantidad mínima y la calidad mínima dan para pasar la cuaresma del sano escepticismo. Una purga lleva a la identificación de unos más sanos

principios sobre los que construir la propia salud intelectual. “Las intuiciones representan la sustancia como algo que persiste en el tiempo [...] Podría ser capaz de determinar por intuición que los dos componentes de un par son diferentes, pero determinar dicha diferencia no es suficiente para determinar cuál va dónde [...] Es esto una cuestión de sentimiento.” (pp. 344 y 345). Los cuidados sensibles y sentimentales producen frutos para el conocimiento y las buenas costumbres, pues *¿qué es una motivación sino cierto tipo de sentimiento?*

Kant habría hallado en las recetas escocesas un consejo muy válido para adelgazar las posibles hechuras del sistema *pero* sin perder el tono muscular metafísico allí donde se hacía necesario. Nótese que la primera *Kritik* es una respuesta directa a Berkeley y a Hume, y al problema bien concreto de la necesidad en el conocimiento. Las deducciones trascendentales no tienen otro motivo. Y es que el reduccionismo de los escoceses estaba para ser aprovechado pero demandaba de igual manera un límite en sus exigencias. Los capítulos dedicados a David Hume en el trabajo reseñado muestran cómo el *dato sensorial*, el *quanto* de la sensación, da para extraer de las consecuencias *a priori* de su recepción la promesa lógica de una *identidad personal (subjetiva)* y su contrapartida *sustantiva (objetiva)* (pp. 235-238). La línea de la constitución de la persona lleva además más allá a la constitución de lo social –desde la unidad mínima del matrimonio a la más compleja de la comunidad política (pp. 181-196). El contrapunto *trascendental* del *idealismo* kantiano por el lado de la sensibilidad [*Empfindlichkeit*] tiene aquí en Edimburgo su raíz como se sabe, pero es que además da la regla de aplicación –el principio de la *costumbre*– que permite el empleo adecuado de las categorías y la construcción del edificio del conocimiento que es posible. Puede que mirando de través cada una de las contribuciones lo que reaparece una y otra vez resaltado y que define mucho mejor la posición del filósofo prusiano, es la persistencia de los escoceses en intentar un tratamiento filosófico de la costumbre primero, y de la convención, segundo. El nexo causal es nada menos que la oportunidad para su descubrimiento. ¿La categoría esencial pues? Y esta oportunidad junto con sus fronteras es presentada por anticipado en las *operaciones* [*operations*] de nuestro intelecto. “Sirva de ejemplo que, cuando *razonamos* de los efectos a sus causas concluimos que nuestras ideas sensibles son efectos de causas de las cuales no disponemos de idea apropiada alguna y que no tienen existencia continuada e independiente de nuestra mente. Al mismo tiempo, no obstante, se nos convence por nuestros *sentidos* de la existencia

continuada e independiente de los objetos externos a nosotros [...] Hume habla de ‘operaciones’ de la mente humana que son ‘directamente contrarias’ la una a la otra pero que son ‘igualmente naturales y necesarias’” (p. 213). La *imaginación* es parasitaria de nuestros sentidos y para nuestras ideas. La originalidad en Kant está en articular la posibilidad de una divergencia de la correspondencia natural uno a uno del *dato*. Una articulación *igualmente natural y necesaria*. Esto es, las *operaciones* en Hume son el precedente a resolver que espejuea las *antinomias* en Kant. De estas operaciones, sin embargo, el enorme peso que la *imaginación* tiene para el pensador germano separa los caminos de ambos. No habría *imaginación productiva* ni de hecho ni de Derecho –todo lo que produciría son ‘*phantasms*’ y ‘*caprices*’ [*caprichos*] en Hume en el mejor de los casos... (p. 200).

Pero no nos alarmemos, los fantasmas de la imaginación, los caprichos, son el portillo secreto que facilita el camino de salida de la fortaleza de la especulación sin abandonar la vereda de lo razonable: el *common sense* [*sentido común*] traducido desde un Hutcheson muestra como metodológicamente hablando pueden justificarse newtonianamente las deducciones de lo que sea virtud desde lo que sea Derecho *siempre que* se tengan presentes los caminos esperables de las motivaciones, deseos, que son representaciones y, por ello, contienen trazas de razón (pp. 26-27). Hay *moral collisions* [*colisiones morales*]. Inercias. Si la *intuición* sostiene la trascendentalidad en el conocer, podemos aventurar que el *sentir común* prepara la trascendentalidad en el Reino de los Fines. Y no sólo eso, sino que desde la *teleología* se vincula a la posibilidad de *recomendar un carácter (una senda de virtud)*. “De acuerdo con Smith, la filosofía moral se ocupa en último término de dos cuestiones: (1) ‘¿En qué consiste la virtud?’ y (2) ‘¿Por medio de qué poder o facultad de la mente sucede que, este carácter, sea el que quiera ser, se nos recomienda?’” (Smith citado por McHugh en p. 287). Hay *leyes –regularidades– para la motivación*. De la misma manera que la opción escocesa ha sido en algún momento deducida de las inercias del *motu* hacia lo deseado, en vistas a instituirse de Newtons de lo moral, Smith ofrece a Kant las posibilidades de pensar las inercias de los juegos de suma cero. Justamente la lectura newtoniana de una primera ley de la inercia del permanecer inmóvil. Mantenerse en un estado de movimiento o motivación. La distancia que media para Adam Smith entre los *passive feelings* y los *active feelings* reina a la hora del juicio sobre la decisión. No reaccionamos igual a la noticia ajena de que un terremoto ha

engullido el entero imperio del emperador de China que a la decisión propia de hacer con propósito que sea engullido. “El argumento de Smith parece ser que la preferencia auténtica [activa] por el otro, la acción del sacrificio moral propio, no está motivada por una preocupación [*care*, cuidado] para con el otro, como el que se da en la ‘débil chispa de la benevolencia’ o ‘el poder suave de lo humano’” (p. 288). El sentimiento por el sentimiento. Como atracción. Es más bien una acción moral autoinfligida sobre dichos sentimientos para que nos sumen cero. Smith les cambia el paso a Hutcheson y Hume. No menos a Kant, que lee acerca de las bienandanzas del ‘*impartial spectator*’ en la *Theory of Moral Sentiments* del sabio de Glasgow, su ‘*preferido*’ [*liebling*] (p. 304). Ser imparcial es para Smith –y aquí atrapa la atención de Kant– una aventura técnica de orientación en la que uno debe *by means of imagination* [por medio de la imaginación] sacarse de la cuenta de las propias circunstancias no menos que cultivar su razón y su simpatía. El *impartial spectator* de Smith se diferencia en lo sustancial del *judicious spectator* de Hume en que aquél no elabora un juicio, sino que decide *sobre* los juicios elaborados. Para saber hacia dónde se dirigía respecto de aquéllos en su propia navegación moral. El *judicious* se asemeja demasiado al ‘*soft*’ [*suave*] *altruismo psicológico* de un Hutcheson (p. 56). Pero por mucho que *Mr. Hutcheson* se defiende diciendo que dicha benevolencia es justamente la *expresión* [*expression*] de un sentimiento de lo público inherente al ser humano, su traducción a Derecho es más que difícil. Como respuesta, con Smith y con Kant la *imaginación* circunda, sí, la construcción del carácter en tanto *persona* [*personhood*], como *fin en sí* en su traslación cartográfica kantiana, pues si para el primero la ruta la describen los dispersos hechos de la vida social y del carácter de las acciones, para el segundo la imaginación debe ser sintética y pasar de lo técnico a lo sistémico. Debe explicarse en sus operaciones *a priori* (p. 305 y 308). Claro que, “si pensamos en la imaginación como un músculo, Kant nos ha mostrado cómo funciona y lo que hace, pero no cómo hacerlo crecer más fuerte y sano” (p. 309). Es la parte motivacional del *feeling* descartada insistentemente. Hutcheson, Hume, Smith, son de la opinión de que los caminos de la simpatía pueden explicar una Dinámica de las costumbres y, por último de las instituciones humanas. El *faktum* para el de Königsberg es la existencia del hecho –de *conocimiento*, de *moral*, *teleológico*...–, para los escoceses no era necesariamente incompatible con el suyo. Los suyos son *facta* y necesitamos la serie para explicar algo.

Concluycamos con las palabras del pope Hutcheson, que expone de manera inmejorable los postulados básicos de este *historicismo proto-institucional* de escuela que se prometen estos nuestros insulares, de la *simpathy* al *right*: “esto lo vemos confirmado por nuestra Experiencia constante, la Regularidad no surge jamás de Fuerza propia que no vaya acompañada de diseño; y de ello concluimos, que *doquiera exista una regularidad con disposición de Sistema capaz de muchas otras Disposiciones, ha de haber un Diseño en la Causa; y la Fuerza de la Evidencia se incrementa, en relación a la Multiplicidad de las Partes empleadas.*” (Hutcheson citado por Winegar, p. 73)